

Oración para iniciar la reunión

Señora santa María,
Tú has vivido junto a san José, tu esposo, y tu hijo, Jesús, tu vocación al amor:
como hija, esposa y madre,
conoces de cerca nuestras luchas en el camino de la familia.
Queremos confiarte, Madre, hoy nuestra familia
para que hagas de ella una nueva Betania, un hogar para tu Hijo.
Que la reunión de hoy nos permita comprender mejor
el plan maravilloso de Dios sobre nuestra familia.
Muéstranos tu protección de Madre
y ponnos junto a tu Hijo Jesús, nuestro Maestro y Amigo. Amén.

TEMA 7: MEDICINA DE INMORTALIDAD. FECUNDIDAD EUCARÍSTICA PARA LA VIDA ETERNA

1) INTRODUCCIÓN.....	1
2) LA FECUNDIDAD, NUESTRA FORMA DE VIVIR EL FUTURO	2
3) EUCARISTÍA Y FECUNDIDAD	3
4) APRENDER LA FECUNDIDAD, DESDE LA EUCARISTÍA.....	5
5) CONCRETANDO.....	6
6) PRÁCTICAS	7

1) Introducción

La Eucaristía es lugar de memoria y perdón. Ahora vamos a verla como escuela de fecundidad y de fruto.

Jesús, en la Última Cena, usó esta comparación: “La mujer, cuando va a dar a luz, siente tristeza, porque ha llegado su hora; pero, en cuanto da a luz al niño, ni se acuerda del apuro, por la alegría de que al mundo le ha nacido un hombre” (Jn 16,21). La imagen puede aplicarse a la Eucaristía, donde hay una muerte y una entrega de amor, que provoca sufrimiento, pero es el sufrimiento de algo que nace. Y por eso este sufrimiento genera alegría y esperanza. La transubstanciación no es solo el paso del pan y vino al cuerpo y sangre de Jesús, sino también el paso de la fatiga del trabajo al gozo del fruto maduro.

Sabemos que en la Eucaristía no se pierde tiempo, sino que se gana tiempo. Es el fármaco o medicina que sana nuestro tiempo y nos ayuda a vivirlo. Una razón es que en cada Misa se nos dilata el porvenir. Podemos entenderlo acudiendo a la comparación de Jesús con la mujer que da a luz. Lo que sucede en la Eucaristía se parece a cuando nace un hijo en una familia. El hijo, cuando llega, nos exige de tiempo para cuidarle. Pero a la vez el hijo dilata el tiempo de los padres, porque ahora ese tiempo incluye todo el futuro que el hijo inaugura. Gracias a este nacimiento, cada acción de los padres alcanza mucho más lejos, porque modela un ser nuevo, que se proyecta hacia lo eterno. Lo mismo en la Eucaristía: se nos da futuro porque cada acción se hace más fecunda, más memorable, más capaz de llegar lejos.

Veamos, por tanto, la Eucaristía a la luz de lo que se genera en ella. Empezaremos deteniéndonos en la importancia de la fecundidad para entender nuestro futuro.



2) *La fecundidad, nuestra forma de vivir el futuro*

La pregunta por la fecundidad se hace urgente hoy en este tiempo de cambios. Pues hay una gran incertidumbre ante el futuro. No ganamos para sustos: se escapan virus de los laboratorios, estallan guerras, quiebran bancos. ¿Qué será lo siguiente?

Para poder vivir bien nuestra relación con el futuro tienen que darse dos cosas. En primer lugar, entender que el futuro nos desborda, que es más grande que nosotros. Pues si el futuro fuera solo repetición, viviríamos en el aburrimiento, que es un mal modo de acercarse al futuro.

Además, en segundo lugar, hay que comprender que el futuro, aun siendo más grande que nosotros, también depende de nosotros, es decir, pasa a través de nosotros, es “nuestro futuro”, con el cual colaboramos. Pues si esto no sucediera, no tendríamos responsabilidad sobre el porvenir y perderíamos interés en él, que es otra forma nociva de dirigirse al futuro.

Precisamente estas dos cosas se dan en la experiencia de la fecundidad. Allí experimentamos, por un lado, un futuro que es más grande que nosotros y, por otro, un futuro que nos madura desde dentro.

En efecto, por una parte, todo fruto es más que un mero “producto” que sacamos de lo que ya hay. De un árbol, por ejemplo, se puede “producir” leña para fuego o para una mesa, porque la leña ya está ahí. Pero el fruto (una manzana, una naranja) supera al árbol: es necesario el sol, el aire, la lluvia, los minerales de la tierra...

Además, por otra parte, el fruto pasa a través del árbol, de su savia y hojas. No es ajeno al árbol, sino que lo recorre y madura desde dentro del árbol.

Esto mismo sucede con el hijo, que es fruto del amor de los esposos: por un lado les supera y trae novedad; por otro viene de ellos y prolonga su vida y ellos lo educan. Y así ocurre también con otras experiencias fecundas: el trabajo, el arte, el amor... Son experiencias que nos ayudan a vivir bien el futuro, al enseñarnos que el futuro pasa por nosotros para llegar más allá de nosotros. Entonces se puede vivir con interés y sin miedo, a pesar de las turbulencias que atravesamos, porque ponemos en futuro en manos más grandes que las nuestras.

La crisis que hoy vivimos en relación con el futuro, que no sabemos gestionar, tiene mucho que ver con el descrédito de la experiencia de fecundidad. Pensemos en cómo decrece la natalidad en el mundo. Curiosamente, en el tiempo en que se dan más comodidades de vida, ha decaído el deseo de transmitir a otros esa vida. Y esto nos cierra a un futuro nuevo. Intentamos, si acaso, perpetuar nuestro tiempo, lo que a la larga mata la novedad y nos vuelve aburridos. Además, dado que el esfuerzo por controlar el futuro resulta a la larga imposible, el futuro vuelve a abrirse, infundiendo otra vez inquietud.

Un estudio reciente, titulado *Fertilidad y fe*, del sociólogo Philip Jenkins, descubre una correlación entre la caída de la fertilidad y la caída de la fe en Dios. El resultado es lógico, pues la experiencia de un futuro que va más allá de nosotros es una experiencia religiosa. De hecho, en la Biblia se unen la fecundidad y la fe. Ya en el Génesis el primer mandamiento que da Dios es: “creced y multiplicaos”. Y lo último que Él crea, y que confía solo al hombre y no a los animales, son las semillas



(Gén 1,29), es decir, la capacidad de futuro que tienen todas las cosas. Luego, los grandes testigos de la fe de Israel son testigos de la fecundidad de Dios en su vida: Abrahán, a quien se le prometió descendencia de estrellas; Moisés, que hizo nacer el pueblo del Mar Rojo; David, cuyo hijo edificaría la familia de Dios; Isaías, que ve cómo Jerusalén se llena sin esfuerzo de hijos.

Pues bien, la Eucaristía es una escuela para recuperar la experiencia de la fecundidad, a partir del poder de Dios. Veámoslo.

3) *Eucaristía y fecundidad*

La Eucaristía mira al futuro ya desde la Última Cena. Allí Jesús realiza un sacrificio de *todah* (alabanza: cf. Lev 7,12). El sacrificio de alabanza lo ofrecía alguien tras haber superado un peligro mortal, agradeciendo a Dios por el don de la vida. Lo curioso es que Jesús realiza este sacrificio justo cuando va a perder la vida. ¿Cómo es posible? Sucede que su gratitud es tan grande que es capaz de dar gracias incluso por su futuro, confiando en que el Padre le ha dado un manantial tan caudaloso, que ese manantial nunca puede dejar de manar. Por eso el sacrificio solo se completará el día de la resurrección, y se unirá al domingo.

Entonces, lo que Jesús da a comer en la Eucaristía, es su cuerpo resucitado y lleno de vida. Por eso, como dice Jesús: “el que coma de este pan vivirá para siempre” (Jn 6,51). Es decir, la Eucaristía es el alimento adecuado al cuerpo de la resurrección. Es el alimento del futuro, que, al tomarlo, nos conforma con nuestro futuro último en gloria. San Justino Mártir decía que recibimos la Eucaristía “para nuestra transformación”, entendiendo nuestra conformación al cuerpo glorioso de Cristo. Entendemos ahora por qué la Eucaristía se celebra el domingo, que es el día de la resurrección, llamado también desde antiguo el “octavo día”, porque va más allá de los siete días de esta creación.

Además de la imagen del alimento, Jesús usa la imagen de la morada. La Eucaristía es fecunda porque en ella Jesús edifica una morada que no sucumbe con la muerte. Y es que la fecundidad nunca es individualista, sino que sucede cuando nos abrimos y unimos a otros. Por eso dice Jesús a sus discípulos, en la Última Cena: “voy a prepararos un lugar” (Jn 14,2). Este lugar es su cuerpo resucitado, que nos prepara para que lo habitemos, igual que el esposo prepara a su esposa la cámara nupcial. Como había dicho el mismo Jesús: “el que come mi carne y bebe mi sangre habita en mí y yo en él” (Jn 6,56).

Esta fecundidad de Jesús, que genera un cuerpo nuevo y una familia nueva, se ve en varios momentos de la liturgia de la Misa.

Está en primer lugar, *la arquitectura del templo cristiano*. Aunque hoy muchas iglesias ya no están construidas hacia Oriente, como era costumbre antigua, el simbolismo permanece. El Oriente es el sol que nace, que representa a Cristo que viene. En el ábside de la Iglesia lo propio es que aparezcan pinturas de la gloria del cielo, en color dorado. La liturgia es el paso de este mundo al mundo futuro, donde Cristo ya ofrece su sacrificio. El altar, sobre el que se consagra el cuerpo de Cristo, es como la puerta o el velo que permite pasar al santuario de la presencia del Dios eterno. Y nosotros somos pueblo peregrino que tiene bien clara su meta.



Otros elementos de la liturgia recuerdan esta apertura al futuro. En primer lugar, el saludo: “El Señor esté con vosotros... Y con tu espíritu”. El “espíritu” es esa dimensión del hombre que aspira a su plenitud, que aspira a Dios. Al empezar la misa pedimos que el Señor fortalezca el espíritu del sacerdote, es decir, que le haga capaz de conducirnos a toda la asamblea a nuestra meta definitiva.

Esto aparece también en otro diálogo, al empezar el prefacio: “Levantemos el corazón. Lo tenemos levantado hacia el Señor”. En la Eucaristía se levanta el corazón, es decir, gracias a Cristo podemos dirigir todos nuestros deseos y afectos hacia su plenitud última. Levantar el corazón es lanzarlo hacia lo definitivo a lo que aspiramos. Y esto es obra de Dios, que atrae hacia sí nuestro corazón. Por eso le damos gracias: por atraer nuestro corazón a su meta.

La referencia al futuro aparece sobre todo en la consagración. Pues decimos que “su cuerpo se entrega por nosotros”, y esto significa, según san Juan: “mi carne por la vida del mundo” (*Jn 6,51*). Entregar el cuerpo es la obra propia del padre, que genera así una nueva familia, dando vida a sus hijos. Por eso en la carta a los Hebreos Jesús se presenta, tras resucitar, diciendo: “heme aquí y los hijos que Dios me ha dado” (*Heb 2,13*).

También se indica la fecundidad cuando Jesús dice: “tomad y bebed, el cáliz de mi sangre”. Con esto está entregándonos su vida, pues la vida está en la sangre, según la Biblia. La sangre es la vida como don recibido de Dios y capaz de expandirse a otros, generándoles. Es decir, Jesús está entregándonos su vida fecunda y, por tanto, la grandeza que esa vida puede generar. Podemos traducir así su frase: “tomad mi futuro que se os abre; tomad mi fecundidad; tomad un modo nuevo de vivir el tiempo”.

Después de la consagración la asamblea proclama esta fuerza de futuro, cuando se dice: “anunciamos tu muerte, proclamamos tu resurrección, ¡ven, Señor Jesús!...” Es un grito que pide la llegada definitiva de Cristo al mundo. Al estar su cuerpo entre nosotros, pedimos que ese cuerpo, que es el cuerpo resucitado, que contiene el futuro pleno, atraiga a todo el mundo hacia sí.

Antes de comulgar el sacerdote muestra el cuerpo de Cristo y dice: “Dichosos los invitados a la Cena del Señor”. La traducción exacta sería: “Dichosos los invitados a la cena del *Cordero*”. Según el Apocalipsis, la cena del Cordero sucede al fin de los tiempos, cuando celebraremos juntos la plenitud. Y es una cena de bodas, donde la Iglesia es la Esposa. Así que en la Eucaristía anticipamos ese banquete de unión definitiva de Dios con los hombres. Lo que el sacerdote nos muestra es, siguiendo la imagen del Apocalipsis, el cordero degollado (ofrecido y muerto por nosotros) que a la vez está en pie (porque ha resucitado y ha vencido a la muerte) (*Ap 5,6*).

Es importante también el memento de difuntos. En realidad, en la Eucaristía todos los que son de Cristo están vivos, porque en ella está el cuerpo que vivifica a todos. La diferencia no es entre los presentes y los ausentes. Se trata de un encuentro de ambos, desde un lado y otro del cuerpo de Cristo. El cuerpo de Cristo es el punto donde se unen esta Iglesia que peregrina y la Iglesia que purga y la que goza de la gloria. La Eucaristía es un lugar donde tocar ya la plenitud del cielo en aquellos que amamos.



Una tradición medieval ha explicado en clave de resurrección otro detalle de la misa, cuando el sacerdote, tras partir el pan, echa un trozo del cuerpo de Cristo dentro del cáliz. Se explicaba que se simboliza así el cuerpo resucitado de Jesús y de María, y nuestra resurrección futura, pues el cáliz representa el gozo y la alegría del fin de los tiempos.

En suma, podemos ver la Eucaristía como la gran generación de un fruto, el fruto de hijos, el fruto de una nueva familia. Empezamos la Misa con las manos vacías, confesando nuestros pecados. Luego ofrecemos nuestros pobres dones, el fruto de nuestras manos, tan frágil y tan en peligro. Entonces Cristo acoge nuestros esfuerzos pobres por generar, siempre tan inseguros, y los une a su gran acto fecundo, incluyéndonos en su cuerpo y sangre para elevarnos al Padre. La comunión es el momento en que, al participar del cuerpo de Cristo, crecemos hacia el futuro definitivo de Jesús. Un hombre nuevo se genera en nosotros al recibir la carne del Señor. Y se generan también relaciones nuevas, las de la Iglesia, cuerpo de Cristo. Veamos cómo esta participación en la fecundidad de Cristo se extiende a toda nuestra vida.

4) Aprender la fecundidad, desde la Eucaristía

La acción de Jesús, que celebramos en cada Eucaristía, dilata nuestro futuro. ¿Qué consecuencias de esto pueden verse en nuestra vida? Veamos algunas.

Una primera clave de fecundidad eucarística pasa por nuestras relaciones de familia, amigos, sociedad. Nadie da fruto solo. El árbol, como decíamos, se abre al sol y a la lluvia para dar fruto. Es en la relación con otros donde la vida se dilata más allá de sí. Cuando hombre y mujer se unen nace la novedad del hijo. Y esto llega a plenitud en la relación con Dios. Si vivimos en alianza con Dios, el Creador del mundo y de sus semillas, nuestro fruto se multiplica.

Pues bien, en la Eucaristía nace un modo nuevo de relacionarnos con los demás, que permite un fruto nuevo. Pues pasamos a formar parte del cuerpo de Cristo. En la Eucaristía aprendemos a mirar a nuestra vida de otra manera: no según lo que es, sino según el fruto que está llamada a dar cuando se une a Jesús. Podemos ensayar a mirar de otro modo a las personas que amamos: ¿qué están llamadas a ser? ¿qué podemos esperar de ellas? Pues en ellas vemos “al hermano por el que murió Cristo” (1Cor 8,11), y también al hermano por el que Cristo resucitó y tiene plenitud de vida (cf. Rom 4,25). La Eucaristía nos dice: no te desanimes por sus fallos, aprende a mirarlos a otra luz: podemos esperar que sean uno con Cristo, que den fruto en Cristo.

Una segunda clave de fecundidad es el modo en que trabajamos. La Eucaristía nos enseña a combinar el esfuerzo con la confianza. El esfuerzo es necesario porque el fruto pasa a través de nosotros. Pero también es necesaria la confianza de quien sabe que el futuro nos supera. Recordamos lo que nos dice Jesús: que trabajemos por el pan que no perece, es decir, que trabajemos por la Eucaristía (cf. Jn 6,27). Todo nuestro esfuerzo en el trabajo, desde que nos levantamos hasta que llevamos el peso del día y recogemos luego los frutos o soportamos los fracasos, todo este esfuerzo podemos ponerlo en la patena cuando el sacerdote la levanta: “Por Cristo, con Él y en Él...”. Dios no abandona la obra de nuestras manos, como dice la Biblia (cf. Salmo 138,8), porque las introduce en la gran obra de su Hijo.



Un trabajo que claramente nos excede es la educación de nuestros hijos. No podemos nunca asegurar que su libertad se orientará hacia Dios. Y, sin embargo, como padres, podemos influir sobre esa libertad, generarla también para que le crezcan alas y vuele hacia la plenitud de una vida grande. Precisamente esta fragua de la libertad se da en la Eucaristía, donde Cristo realiza la acción más libre, que le lleva más alto y nos lleva con Él. En la patena, donde se nos abre el destino más grande, ponemos también el destino de nuestros hijos. Nada mejor podemos hacer para que su libertad crezca y madure.

En tercer lugar, en la Eucaristía podemos aprender a dirigir nuestra vida hacia la meta última, que es la vida eterna. Los Padres de la Iglesia hablaban por eso de la Eucaristía como medicina de inmortalidad. Lo primero que sana la Eucaristía es nuestro miedo a la muerte, un miedo que nos hace esclavos. Quien participa de la Eucaristía aprende a encarar de otro modo la muerte, a la luz de la muerte por amor de Cristo en favor nuestro. En una sociedad que silencia y oculta la muerte, no deja de impresionar que la misa tenga en su centro una muerte, en que se derrama sangre.

Además, en la Eucaristía estamos ya anticipando la vida futura, y aprendemos a desearla. El problema es que no deseamos la vida eterna, porque nos parece “otra vida”, una vida que no tiene nada que ver con esta vida presente con sus pequeños gozos. Como decía aquél que no quería morir y se agarraba a lo placentero de la vida: “este mundo es un valle de lágrimas, sí, pero ¡se llora de bien!” Pues bien, la Eucaristía nos muestra que la vida eterna no es “otra vida”, sino que será una vida en el cuerpo, una vida en el amor, una vida llena de afectos y deseos, una vida llena de conocimiento y luz, que llevará a perfección la vida de aquí. De Eucaristía en Eucaristía aprendemos a enlazar esta vida pasajera con la vida perdurable, y aprendemos a imaginar y a desear tal vida perdurable.

Es más, en cada Eucaristía nos vamos ya haciendo inmortales, al recibir el alimento de inmortalidad. Nuestro cuerpo va resucitando poco a poco. Igual que cada día morimos algo, envejecemos, van creciendo las arrugas... así cada Eucaristía resucitamos algo, almacenamos inmortalidad, se rejuvenece el cuerpo en su profundidad, pues ganamos un cuerpo hecho para el amor y para la entrega. Por eso decía un escritor que para creer en la resurrección de la carne hace falta experimentar que la carne es capaz de pureza, es capaz de llenarse de luz y de Espíritu.

¿Y cuándo se llena nuestro cuerpo de Espíritu? Se llena cuando vivimos un amor que respeta al otro, que lo acoge y se entrega a él. Se llena cuando nos entregamos al trabajo, y orientamos ese trabajo a edificar una vida común en la paz. Se llena de Espíritu cuando oramos y dirigimos nuestro deseo hacia Dios y hacia nuestra unión común con Dios. En todos estos actos nuestro cuerpo se va llenando de Espíritu y, de este modo, vamos poco a poco resucitando, entrando en el proceso que culminará en la resurrección. Esto es precisamente lo que sucede en la Eucaristía.

5) Concretando

1. ¿Qué fecundidad genera la Eucaristía en tu vida conyugal y familiar?



2. ¿Qué momento de la liturgia te parece más significativo desde el punto de vista generativo?
3. ¿Cómo explicas la correlación entre fe y fertilidad?
4. ¿Cómo aprender a ser más fecundos desde la Eucaristía?

6) *Prácticas*

- En el *memorare*, al mirar a nuestro día, podemos hacer también elenco de los frutos que hemos recibido. Serán pequeños momentos de maduración, en que hemos hecho crecer a nuestra familia, nuestra unidad, nuestros hijos... O pueden ser frutos del trabajo, o hemos generado belleza contemplando la naturaleza o el arte... Y ponemos esos frutos en la patena eucarística, para que sean frutos de vida eterna.

- Y los domingos podemos, en la bendición familia de la mesa, enumerar los frutos de la semana, añadiendo cada uno los frutos que ha recogido, y ofreciéndolos así en la Eucaristía para que el fruto se acreciente y perdure.